

LOS MOSQUITOS DE MI VIDA

Otra vez los mosquitos. No me libro de ellos. Parece que no puedan dejar de acosarme. No digo solo aquí, en La Haya, sucede en cualquier lugar, desde siempre. Dicen que es por el pH de la sangre; el mío debe de estar en su punto. Empiezo a pensar que no fue tan buena idea venir a esta ciudad gris donde aún no he visto ni un rayo de sol desde que he llegado. Peor aún: tampoco he visto a Bruno. Y hay mosquitos por todas partes. El problema no es que me persigan aquí, aquí persiguen a todo el mundo; lo que quiero decir es que llevan hostigándome toda la vida.

De pequeña, cuando tenía cinco o seis años, lo recuerdo bien, me picaban en las manos, en las piernas y hasta en los ojos. Raro era el verano que mi madre no tenía que llevarme dos o tres veces a urgencias. El médico se escandalizaba un poco porque mis picaduras no eran convencionales, no. Cada picotazo de mosquito se convertía, sobre mi piel, en una pelota hinchada, roja, dolorosa, del tamaño de un puño. El doctor me recetaba

pomadas que debía aplicarme varias veces al día en la picadura y, sobre todo, me prohibía rascarme. Que no se frote la niña, señora, que si no es peor. Yo no sé si era peor o no rascarse, pero hiciera lo que hiciese, lo cierto es que me moría de picor. Además, parecía una bruja con aquellas horribles verrugas.

Las más molestas eran siempre las de los ojos. De repente una mañana me despertaba en la cama y casi no podía abrir los párpados; una tirantez, un peso indefinido me lo impedían. Entonces ya sabía lo que me esperaba: una picazón insoportable, visita inmediata al médico, y quedarme medio tuerta durante, por lo menos, dos días. A mí me daba mucha vergüenza visitar al doctor así, con la cara toda hinchada y los ojos totalmente deformes, pero no había más remedio. Mi madre y yo teníamos que esperar sentadas en una sala llena de pacientes. Para colmo, siempre solía aparecer alguien que, aunque hubiese llegado más tarde, entraba en la consulta delante de nosotras, no sé por qué. Y yo seguía aguardando, paciente y con dolor, a que el médico me atendiese.

Parecía que los mosquitos me tuviesen aversión. Podrían haberme picado en época de clases, lo que me habría permitido, al menos, librarme de ir al colegio un par de días, en compensación por el escozor que tenía que soportar. En cambio, aprovechaban las vacaciones para atacarme, era el verano la estación que preferían para actuar; me mordían sin piedad y me obligaban a quedarme en casa con ardor y habones por todas partes.

Y ahora están aquí, persiguiéndome por La Haya entre canales de aguas amarillo-verdosas y ciclistas temerarios. En esta ciudad hay que tener mucho cuidado no solo con los insectos sino también con las bicicletas; si te pillan desprevenida, no se lo piensan dos veces: te atropellan. Peor para ti, ellos van por su carril para ciclistas, que está en todas partes, casi como los mosquitos. No sé para qué he tenido que subirme a ese avión. Tonta de mí. Quería darle una sorpresa, ya me imaginaba su cara al verme aparecer por la puerta. Ay, Bruno, ¿dónde te habrás metido? Espero que se presente pronto, no quisiera tener que pagarme otra noche de hotel; hoy contaba con dormir en su habitación. Qué horror de mosquitos, no se puede ni caminar. Nada más llegar aquí observé que la gente escupía, sobre todo los ciclistas, y pensaba qué asco, por qué escupirán todo el rato en el suelo. Ahora ya lo entiendo. Son los mosquitos, hay tantos que se meten hasta en la boca.

Como el inolvidable verano de COU, el verano en que cumplí dieciocho años, el más largo de mi vida, cuando las tardes de sol y brisa parecían no tener fin y al anochecer me iba a la playa con Flavio. Flavio fue el universitario de pelo largo y lacio que tantas caricias me regaló en la arena. Por dónde andará a estas alturas. Una vez había ardidido un monte cercano y llegaban restos de las cenizas hasta la playa. No había nadie, íbamos a una pequeña cala donde estábamos solos. Él se bañaba en el mar aunque estuviese tan oscuro que no pudiese ver nada; no le daba miedo. A mí, en cambio, me gustaba meterme debajo de la ducha cuando lo veía volver de

la orilla. Solo me dejaba puesta la parte de abajo del bikini, y desde allí observaba cómo le iba cambiando la cara conforme se acercaba y me descubría bajo el agua de la ducha, semidesnuda. Nos gustábamos. Nos gustábamos mucho. Lo malo es que él tenía novia. A veces me decía que iba a dejarla. Otras veces me contaba que ya la había dejado. Pero no era verdad: siempre volvían, o nunca se dejaban, no lo sé bien.

A mí me llevaba a la playa por las noches, cuando estaba desierta y podíamos tumbarnos en la toalla y desnudarnos sin que nadie nos viese. Hasta que llegaban los mosquitos y me picaban hasta debajo de las uñas. Entonces nos vestíamos y nos íbamos corriendo en busca de una farmacia de guardia. Yo no podía casi ni andar, porque los muslos se me hinchaban y al rozarse entre sí me escocía muchísimo. Hasta el contacto con el aire me picaba. Llegábamos a la farmacia y, si teníamos suerte, nos vendían una pomada eficaz; si no, el farmacéutico ponía cara de espanto al verme las piernas y exclamaba: «huy, no, para eso no tengo nada», y nos marchábamos deprisa a urgencias.

Volvíamos otras noches a la playa, a pesar de los mosquitos, a pesar de la novia perenne, porque a Flavio le encantaba contemplarme bajo la ducha, y porque a mí me encantaba que le encantase y ver la cara que le iba poniendo el deseo, y porque allí nadie podía descubrirnos. De Flavio ya casi ni me acuerdo: recuerdo mejor los mosquitos. Aparte de su pelo largo y lacio he olvidado sus rasgos. Me fui a estudiar fuera, él siguió con su novia y ya no hubo más playa nocturna, ni más duchas semidesnuda.

A Bruno he venido a buscarlo y, ahora mismo, no sé ni para qué. Para llenarme de mosquitos la boca. Si me preguntasen, no sabría dar una respuesta sensata. Ha sido un arrebato, por querer darle una sorpresa, porque a mí Bruno me gusta mucho y quiero tenerlo cerquita. Me dijo que su mujer no vendría hasta la semana que viene, por eso decidí hacer la maleta y llegar en avión hasta aquí. Pero con tanto mosquito y tanto canal verdoso y enfangado no sé cuánto más me quedaré. Espero que, al menos, no me piquen en los ojos.

A lo mejor ha adelantado el viaje y está con él. Su mujer, digo. Se llama Vanessa. Con dos eses. No la conozco, pero debe de ser una estirada. Por lo que cuenta Bruno. Confiesa que está harto de ella, que va a dejarla en breve. Llevan cinco años casados, y yo creo que es una de esas mujeres posesivas y protectoras, que creen que su marido es su hijo. Porque niños no tienen, menos mal. Lo complicarían todo. El divorcio y eso, porque cuando hay criaturas por medio empiezan que si la custodia y el reparto y las visitas, y las separaciones se hacen eternas. En cambio, con Bruno resultará todo más rápido. En cuanto se decida a dar el paso serán nada más unos meses. Solo falta que se lance. Bruno se lo piensa todo mucho. Menos lo de salir conmigo, eso fue instantáneo.

Nos conocimos una noche. Yo estaba con mis amigas bailando en Eclipse, y llevábamos mucho rato mirándonos desde lejos, hasta que se acercó a mí para presentarse. Lo que más me gustó es que no se anduvo con las tonterías típicas del *vienesmuchoporaquí, tucaramesuena*, etc. Me dijo su nombre y luego declaró que le encantaba

mi boca y que quería besarme. Yo lo estaba deseando, así que nos besamos, y le di mi número de teléfono. En nuestra segunda cita me contó que estaba casado, pero que ya no quería a su mujer, a su Vanessa con dos eses, y que estaban a punto de separarse.

A mí Bruno me gusta mucho, y no me importa que esté casado, porque sé que es por poco tiempo. Pienso a menudo en él; por las noches la última cosa que veo es su cara, y por las mañanas es la primera imagen que me viene a la mente. Si por mí fuese, nos citaríamos con más frecuencia, pero dice que debe disimular, por su mujer. Que no quiere darle pistas. No sé muy bien a qué vienen tantos misterios y tantas precauciones si va a dejarla en breve. Pero me conformo con que nos veamos, aunque sea poco y a escondidas.

Por eso pensé que era buena idea venir a visitarlo a La Haya. Aquí no nos conoce nadie. Está en un congreso de medicina. «Mejoras en el uso farmacéutico del polisulfato sódico» (me he aprendido el título de memoria). Bruno es farmacéutico. Al menos, me saldrá gratis la pomada para las picaduras.

